

El cinismo del cortesano.¹ Gottfried Wilhelm Leibniz.

Traducción de **Francisco J. Fernández**²

Universidad del País Vasco, España

Recibido 19 enero 2024 • Aceptado 30 marzo 2024

1 • Introducción

Quizá llame la atención este escrito singular de Leibniz si no se repara en que siempre estuvo muy atento a la forma en que cabe presentar un escrito y en cómo de su precisa forma se deriva en buena medida los efectos que se persiguen. De hecho, practicó multitud de géneros, desde el ensayo y el artículo académico, pasando por el diálogo filosófico, hasta la nota crítica o la carta, pero también el poema y el tratado. El que aquí se presenta no parece pertenecer sin embargo a ninguno de estos géneros sobredichos (la diatriba podría quizá ser candidata, aunque no como la practicaba Teles en tiempos antiguos, por carecer de elementos dialógicos, o tal vez la sátira menipea, aun cuando el texto sea demasiado breve y las alusiones personales, demasiado claras). Para empezar la *vox loquens* es un perro y la perspectiva es entre cínica e irónica, sin embargo de amable después de todo. Fechado por la edición de la *Akademie* en noviembre de 1680, el destinatario es en principio el Duque Ernesto Augusto y parece un divertimento o una golosina conceptual por parte de Leibniz, sabedor tal vez de que entre las virtudes que se le suponían como cortesano debía contarse cierta capacidad para la sagacidad elegante. El anterior Duque, Juan Federico, había muerto en diciembre de 1679. La buena sintonía entre Leibniz y Juan Federico no lo fue tanta con su hermano Ernesto Augusto (cf. Echeverría 115), aunque en una fecha tan temprana como 1680 tal vez no le hubiera dado tiempo a Leibniz a darse cuenta de que ya no podía contar con un cómplice tan solícito de sus

¹ Agradezco sinceramente a los revisores de *Thémata: Revista de Filosofía* para esta traducción sus precisas indicaciones, que he procurado tener en cuenta.

² fjfernandezgar@yahoo.es

proyectos. En cualquier caso, si el destinatario fue Ernesto Augusto, lo que ya no sabemos es si el escrito finalmente se envió o se quedó, como uno de tantos, entre los papeles de Leibniz, tal vez porque considerara inconveniente gastar tal broma o por otras razones de oportunidad. Jon Elster, por ejemplo, que menciona el escrito, se conforma con decir que lo dirige al Duque, pero no que lo recibiera (cf. Elster 82). Como se verá más adelante, en el texto se menciona a “certain *quidam*”, es decir, a “un tal”, del que no se dan más indicaciones. Lo que se puede añadir a esta indeterminación es que se trataba de un viejo conocido de Leibniz, de sus tiempos de París, coetáneo de hecho; a saber: Denis Papin (1647- circa 1712), médico y físico francés que colaboró con Huyghens, y que aquello que había merecido el interés de Leibniz era el conocido como *Digestor* de Papin, una olla a presión inventada por este en 1679 (cf. Aiton 171-172), capaz de ablandar huesos y aprovechar el resultado como alimento humano. El caso es que, poco después de este requerimiento perruno o *Reqveste des Chiens*, Papin publicó en 1682 el siguiente libro: *La manière d’amolir les os, et de faire cuire toutes sortes de viandes en fort peu de temps et à peu de frais; Avec une description de la Machine dont il se faut servir pour cet effet, ses propriétés & ses usages, confirmez par plusieurs Expériences*. A pesar de la naturaleza de este escrito o quizá por ello, Leibniz no tuvo inconveniente después en entablar relación epistolar con Papin. La que se conserva comienza no obstante algo más tarde, a partir de 1689, dentro del encendido debate en torno a la polémica de las fuerzas vivas, propuesta leibniziana que corregía a Descartes al respecto de la cantidad de movimiento. Alberto Guillermo Ranea, por ejemplo, ha estudiado este particular en relación con Papin (cf. Ranea, 1998 y 2012) y ha analizado las diferentes perspectivas que tenían los corresponsales. Estudiosos como Juan Arana (1991) o Michel Fichant (1998) no tienen tampoco más remedio que reconocer que Leibniz tuvo siempre presentes las objeciones de Papin, aun si se lo caracteriza más como un ingeniero talentoso que como un teórico profundo.

En cuanto al escrito en sí mismo, Leibniz aprovecha cierto recurso literario; a saber: la prosopopeya, que consiste en una de sus modalidades en dar voz a los animales para llamar la atención sobre algo. Durante los siglos XVI y XVII no fueron escasos estos ensayos burlescos que tenían por protagonistas a gatos, a moscas o a piojos, aun cuando languidecieran después, arrastrados por su hermana mayor, la épica. Entre nosotros, Cervantes había

escrito, en el marco general de sus novelas ejemplares, *El coloquio de los perros*, con resonancias de Luciano de Samosata que se han hecho notar. En el caso que nos ocupa el sujeto de la enunciación es un perro, probablemente *un chien de Boulogne*, que se dirige al Duque de Hannover para alertar de las consecuencias que acarrearía la puesta en funcionamiento del *digestor* de Papin. Se trata de una exacerbación irónica de aquel principio ético leibniziano de la *place d'autrui*, que había de servirle política y moralmente en una suerte de ficción reflexiva para conocer tanto nuestros deberes respecto de los demás como para prevenirnos de los daños que estos puedan infligirnos³. Un ponerse en un lugar que en este caso desborda por cierto el ámbito antropológico (favorecido por su anticartesiano mecánico al respecto de las almas de los animales), lo que en nuestro tiempo desde luego parece mucho más habitual que en el siglo XVII, dada la tendencia contemporánea a contemplar la posibilidad de conceder derechos a los animales e incluso a los espacios naturales. Menos importancia tendría observar en el escrito cierta tendencia maquinoclasta, pues sabemos que Leibniz se opuso a aquellos intentos de prohibir la utilización de maquinaria para aliviar el trabajo (en Ratisbona, en Holanda, en Saxe, en Londres⁴).

En cualquier caso, ¿cuál es el sentido del texto? ¿Una pequeña venganza a un antiguo conocido? ¿Una broma de bienvenida? ¿Un privado divertimento? Nos faltan datos para contestar con precisión a estas cuestiones. Nos resta al menos un texto con el que especular sobre todas estas posibilidades e incluso coadyuvar con alguna más. En mi caso, no dejo de pensar en una leyenda persa transmitida por Fariduddin Attār (de los siglos XII-XIII), que después recogió Leon Tolstoi, donde Jesús, el hijo de María, encarecía el blancor de los dientes de un perro muerto que desprendía un olor nauseabundo. La moraleja está clara: hasta de lo malo podemos extraer algo bueno. Traicionando en cierto sentido su disposición habitual, la tesis de Leibniz en este caso es la contraria: hasta en lo bueno podemos descubrir los males. No

3 “La place d'autrui” [1679 (?)], en Ak, IV, 3, 903-904. Curiosamente, la edición de la *Akademie* fecha (con dudas) este escrito en 1679. Parece razonable relacionar este escrito con la *Reqvst de Chiens*, sobre todo a partir del siguiente texto: “Cette fiction [se refiere a la ficción de ponerse en el lugar de otro] excite nos pensées et m’a servi plus d’une fois à deviner au juste ce qui se faisoit ailleurs” (*op. cit.*, 903).

4 Cf. Belaval 121.

dejo de pensar que a la luz de todo esto una nueva perspectiva se abre al parar mientes en el epitafio que podemos leer en la tumba de nuestro cortesano: *Ossa Leibnitii*.

2 • Traducción: Leibniz al Duque Ernesto Augusto Hannover, noviembre de 1680 Ak., I, 3, pp. 94-96

Requerimiento de los perros presentado a S..., agente general de la Cocina de Francia y Secretario de Estado de este cuerpo para asuntos extranjeros, actualmente encontrándose en funciones en la Corte de Hannover

Nosotros los abajo firmantes Dogos, perros de San Huberto, lebreles, sabuesos, mastines, perros de Boulogne y otros perros grandes y chicos, rogamos humildemente de Vuestra Grandeza querer y hacer entender nuestras razones sobre un agravio de importancia.

Vuestra Grandeza se acordará sin duda, en teniendo tantas lecturas y conocimientos, de que el gran Diógenes, apodado el cínico o el perro⁵, por causa del afecto que nos concedía, acostumbraba a decir en voz alta que algunas veces había más diferencia entre un perro y otro que la que había entre ciertos hombres y los brutos. Sin embargo de esta gran diferencia entre perros, que les hace parecer casi de especies diferentes, todo nuestro cuerpo se encuentra ahora unido para sostener uno de los más bellos derechos que nuestra nación haya tenido jamás, y que se le quiere arrebatar agora por una empresa de muy peligrosas consecuencias. Pues hemos sabido por nuestros correspondientes que cierto *quidam* pretende convertir los huesos en blandos y limpios para que los coman los hombres, sin que la carne de estos se desperdicie de ninguna manera, y que incluso el sobredicho *quidam* quiere hacer

⁵ Muchas son las anécdotas de Diógenes de Sinope que lo relacionan con perros. Diógenes Laercio da un buen número de ellas. Tal vez la más conocida sea esta: “Cuando una vez se presentó ante él Alejandro y dijo: “Yo soy Alejandro, el gran rey”, contestó: “Y yo Diógenes el Perro”. Preguntado por qué le llamaban perro, respondió: “Porque meneo la cola ante los que dan, a los que no dan, ladro, y a los malvados los muerdo”” (Diógenes Laercio 225).

llegar sus cazuelas de cocina y todo su aparataje a la Corte de Hannover para hacer ahí el ensayo. Ante lo cual juzgamos necesario oponernos en buena hora. Pues aunque nos cueste dar crédito y tomar todo esto no más que como bonitas ensoñaciones, no obstante algún demonio, enemigo tanto del género canino como del género humano, en queriendo trastornar la buena inteligencia que desde siempre ha habido entre hombres y perros, podría haber inspirado a este hombre su secreto, como otro demonio sin duda inspiró a un monje el secreto de la pólvora de cañón. No ha lugar para imaginarse que se pueda poner en duda el derecho que tenemos sobre los huesos desnudos de carne, que nos pertenecen desde tiempo inmemorial, sin que ningún hombre ni bestia haya pretendido derrotarnos de nuestra posesión. Homero⁶ y los más antiguos hablaron de ello expresamente; y la Escritura, cuando dice que no había que quitar el pan a los niños para dárselo a los perros⁷, que no dice allí nada de los huesos, que bien que se sabía que nos pertenecían tras del diluvio, es decir, después de que los hombres comenzaron a comer la carne de los animales⁸. Y aunque hayamos cedido el tuétano por amor de la paz, esto no fue sino para conservar mejor nuestros derechos sobre los mismos huesos, que se fortaleció así más mediante esta avenencia. Buen Dios, cuán luenga es la codicia de los hombres, que a veces no se contentan con comer lo que tienen, sino que no se avergüenzan de querernos arrebatar nuestra ración. Pero esta gula podría ser castigada severamente por los Dioses tutelares de nuestra especie y el gran Sirio, o perro celeste, que mereció tener su sitio entre los astros, abogará sin duda por nuestra causa ante Júpiter si los hombres rehúsan hacer valer nuestro derecho. Mas Sirio mismo podrá vengarnos de la injusticia de los hombres redoblando el calor de los días caniculares⁹, del que es maestro y amo, como sabéis, por el grande conocimiento que tenéis de la astronomía. Además de que esta nueva pitanza podría

6 La referencia a Homero es algo oscura, pues no parece que haya una especialización en los huesos por parte de los perros en la *Ilíada*. En algunos pasajes se menciona la grasa, las entrañas, la carne muscular y hasta la sangre. Por otro lado, Columela (siglo I d. C.) recomendaba en su *De re rustica* dar pan de escaña a los perros junto con habas cocidas.

7 “Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus” (*Mt* 15, 26).

8 *Gen* 9, 2.

9 Decía Homero, con amenaza parecida: “a la que el Can-de-Orión por nombre o Sirio llamamos /, que es el más claro de luz, pero de señal es muy malo, / y ardores muchos de fiebre les trae a los tristes humanos” (*Ilíada*, XXII, vv. 29-31).

tener perversos efectos entre los hombres y los vuelva a todos cínicos, visto que ya están hogaño bastante inclinados a la impudicia.

Dejamos considerar atentamente a vuestra prudencia si será seguro y ventajoso a los hombres romper de tal manera con los perros. Sabéis (Vos, que habéis leído tanto de historia) que cierto Rey, expulsado de su país, fue devuelto por la escolta de doscientos perros, que desafiaron a los rebeldes. ¡Qué de perros han salvado la vida a sus amos, y cuántos han vengado su muerte! En fin, hay todavía villas guardadas por perros, que serán en adelante abandonadas, y muchas otras, si se nos arrebatara la mejor parte de nuestro salario. Los perros de caza no atacarán y no perseguirán ya a las bestias; los demás perros abandonarán las casas a los ladrones y los corderos a los lobos. Y nosotros, pequeños perros de Boulogne, abandonaremos a nuestras ricadueñas a los amantes que las persiguen y no ladraremos ya ante cualquier cosa que quieran emprender. En fin, habrá un gran desorden en las cocinas y Ustedes, Señores Cocineros, echaréis de menos algo más que de vez en cuando alguna pieza de cordero, y es que, rehusándonos los huesos, la perderéis junto con la carne. Por esto os compete, sobre todo a vosotros, velar por nosotros tanto como a los Oficiales trinchadores, cuyo arte será en adelante inútil¹⁰, si es que se puede cortar la carne no obstante los huesos, como a través de la mantequilla.

Por estas causas se suplica a Vuestra Grandeza hacer deliberar con atención en vuestra asamblea general sobre un asunto de tanta importancia, y largar bien lejos a ese innovador con todos sus aparatos y prohibirle entrar en las cocinas. Y en cuanto a vos, Señor, en la vuestra en particular, tengáis la bondad de impedir que no vaya a guarecerse en la de Hannover.

Somos, con todo el respeto de que los perros son capaces, de Vuestra Grandeza los muy humildes

perros postrados
por los perros de caza, *Lelaps*
por los mastines, *Mopse*
por los perros de Boulogne, *Amarille*.

¹⁰ “Pero cuando la división de nuestros pensamientos no está bien hecha, embrolla más que aclara. Es preciso que un maestro trinchador conozca las coyunturas, si no desgarrará las viandas en vez de cortarlas.” (“Leibniz a Gallois”, incluido en Leibniz, 1997, 57). La imagen del filósofo como trinchador se remonta al menos al *Fedro* de Platón.

3 • Bibliografía

- Aiton, E. J., *Leibniz, una biografía*, trad. Cristina Corredor Lanas. Madrid: Alianza Editorial, 1992.
- Belaval, Yvon, *Initiation à sa philosophie*, Paris: Vrin, 1989.
- Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, edición de Luis-Andrés Bredlow. Zamora: Lucina, 2010.
- Echeverría, Javier, *Leibniz, el archifilósofo*, Madrid: Plaza y Valdés, 2023.
- Elster, Jon, *Leibniz et la formation de l'esprit capitaliste*, Paris: Aubier Montaigne, 1975.
- Fichant, Michel. "De la puissance à l'action: la singularité stylistique de la dynamique", incluido en *Science et métaphysique dans Descartes et Leibniz*. Paris: PUF, (1998): 205-243.
- Homero, *Ilíada*, edición de Agustín García Calvo. Zamora: Lucina, 1995.
- Leibniz, G. W., *Sämtlichen Schriften und Briefe*. Herausgegeben von der preussische Akademie der Wissenschaften (edición en curso) [Ak].
- Leibniz, G. W., *Escritos de dinámica*, edición de Juan Arana Cañedo-Argüelles. Madrid: Tecnos, 1991.
- Leibniz, G. W., *Antología*, edición de J. Echeverría. Barcelona: Círculo de Lectores, 1997.
- Papin, Denis, *La manière d'amolir les os, et de faire cuire toutes sortes de viandes en fort peu de temps et à peu de frais; Avec une description de la Machine dont il se faut servir pour cet effet, ses propriétés & ses usages, confirmez par plusieurs Expériences*. Paris: Estienne Michallet, 1682.
- Ranea, Alberto Guillermo. "¿Projector fracasado, héroe de la ciencia nacional o técnico servil? Crónica del ascenso y de la degradación postmortem de Denis Papin (1647-¿1712?)", *Epistemología e Historia de la Ciencia*, Universidad de Córdoba (Argentina), 4 (1998): 309-326.
- Ranea, Alberto Guillermo. "Matemáticas mixtas, máquinas e infinitesimales en la controversia entre Denis Papin y G. W. Leibniz 1689-1707", *Actas de la Academia Nacional de Ciencias* (Córdoba, Argentina), XV (2012): 117-130.